

vista que iba á tener lugar, mientras que don Aristeo, apenas salió de la casa, empezó á cojear.

A poco andar, exclamó:

—¡Malditos botines! ¡válgame Dios! á lo que expone á uno un animal de estos traídos de París. Si mi compadre llega á saber que he visitado á su cocota, ¡adiós! se armará una zambra..... Pero no, bien puede ser que no se arme nada; mi compadre se tiene por hombre muy civilizado.

A don Aristeo no solo le iban haciendo sufrir los botines, sino que le raspaba el cuello de la camisa, é iba notando que su levita negra le apretaba de la sisa: hacía mucho tiempo que no se la ponía; no obstante, todas aquellas mortificaciones eran otros tantos avisos que le despertaban la presunción, y al pasar frente á una vidriera ó frente á una peluquería, no dejaba de mirar de reojo su imagen retratada de cuerpo entero.

—Estoy bien acabado, se decía; pero en fin, vestido, todavía no estoy tan mal: creo

en todo caso que mi figura no me expondrá á que esa señora me haga una grosería.

En don Aristeo se había operado una verdadera revolución: jamás había sentido más punzante el aguijón de la curiosidad; nada le había hecho más impresión en su vida, como la noticia de que hubiera mujeres que se dejasen alquilar, según expresión del mismo don Aristeo: no le cabía en el juicio, ya no tanto que las hubiera, sino que de buenas á primeras encontrarán hombres que, como su compadre, no vacilaran en pagarlas tan caras.

—Si no será mujer!..... pensaba don Aristeo; pero eso no puede ser, porque lo que es á mi compadre, en esa materia no le dan gato por liebre.

Andaba don Aristeo absorto en sus cavilaciones y deseando y temiendo al mismo tiempo que se acercara el momento de ver á la cocota, hasta que llegó á la calle en que vivía; pero como don Aristeo era corto de vista, recorrió dos veces la calle por una y otra acera sin encontrar el número 10.

—Vamos, exclamó, decididamente en esta calle no hay número 10. Este es un chasco; doña Ceferina ha equivocado el número á propósito, ó tal vez la calle ¿qué haré?

Don Aristeo estaba tan preocupado, que había dicho casi en voz alta estas palabras, y como aunque el hablar solo no tenga nada de particular, esto siempre es una cosa que llama la atención.

Uno de esos muchachos vagamundos que salen deseando fijarse en algo nuevo, lo había estado observando: y á la sazón que don Aristeo hablaba solo, el vagamundo se había parado frente á él fijándole una mirada escudriñadora.

Don Aristeo sacó sus anteojos con objeto de hacer un nuevo examen, fijándose más detenidamente en el número de cada puerta.

Tan luego como se puso á andar el vagamundo le siguió colocándose á su lado, porque para aquel muchacho empezaba á ser aquello un lance divertido, y aún deseaba entablar conversación con aquel señor

que le parecía, según todas las trazas, un loco manso.

Con objeto de llegar á ser interpelado, el vagamundo se rozaba con don Aristeo y no le perdía movimiento: llegó don Aristeo á la última casa, y al ir á atravesar la calle para recorrer la acera opuesta, tropezó con el muchacho, que dió un traspies y exclamó:

—¡Ay! señor, por poco me tira usted; ¿qué no vé?

—¡Adios! exclamó para sí don Aristeo, este chico me va á armar camorra.

—Perdona, hijito, no te ví,

—Usted no ve nada, ni los números.

—¿Ni los qué?

—¿No anda usted buscando números?

—Sí el número 10.

—¿Qué 10? si aquí no hay 10.

—Eso es lo que me desespera.

—¿Busca usted al médico?

—No.

—¿A la partera?

—No.

—Yo conozco á todos los de la calle; ¿al licenciado?

—No.

—¿A don Juanito Gómez?

—No; á ninguno de esos; ¿dices que tú conoces á todos los de la calle?

—Sí, señor amo.

La palabra *amo* era ya la solicitud manifiesta de una propina.

—¿Quién vive en el 8?

—Es la casa de la Purísima, viven la partera, la....

—¿En el número 7?

—El licenciado.

—¿En el 6?

—Don Juanito; en el 5, los españoles del empeño.

—¿En el 4?

—Un padre; ¿busca usted al padrecito?

—No.

—Pues en el 2 vive el médico, y el 1 está vacío.

—¿Y por qué te saltas el 3?

—¡Ah!..... dijo el muchacho riéndose.

—Vamos á ver ¿por qué te saltas el 3?

—Porque usted no ha de ir allá.

—¿De qué lo infieres?

—Como allí vive.....

—¿Quién?

—Una persona que..... yo no creo que usted la busque.

—¿Por qué?

—Porque es *arañita*.

—¡Cállate, muchacho! y no seas quitacréditos; ¿qué sabes tú de eso?

—Quiero decir, ella es muy guapa, y es güera; pero no por eso deja de ser *arañita*.

—No andes diciendo eso, ¡qué sabes tú!

—¡Ah qué señor! ¿á qué va usted allá?

—Vamos, vamos, muchacho; ve, ve á comprar tus tronadores ó tus dulces; toma, toma este realito y múdate; vé con Dios, hijito, ve con Dios.

El muchacho se separó de don Aristeo, en dirección opuesta, pero para observar más á sus anchas.

Iba don Aristeo á entrar en la casa núme-

ro 3, cuando de manos á boca dió con doña Ceferina.

—¡Señor don Aristeo de mi alma! ¿qué milagro es verlo á usted por mi barrio?

—Que quiere usted, doña Ceferina, aquí dando vueltas. ¿De qué se rie usted?

—De nada; vea usted lo que son las cosas, nos hemos venido á parar en la lumbre.

—¿Cómo en la lumbre? ¿por qué?

—Estamos en el 3.

—¿Y qué?

—Que aquí vive.

—¿Quién?

—La americana.

—¿No decía usted que en el 10?

—Yo nunca he dicho semejante cosa, porque ni los hay en esta calle.

—¿Conque aquí.....

—Sí, aquí..... tanto que yo creí que iba usted á entrar.

—¿Yo, doña Ceferina?

—Por lo menos usted ha estado buscando una casa en esta calle, y ya hace un cuarto de hora que lo veo á usted recorrer los za-

guanes, hasta que el pelón habló con usted y entonces sin vacilar se ha dirigido usted hacia aquí; ya ve usted que tenía yo razón en creer que iba usted á entrar.

Don Aristeo estaba perplejo.

—Y además, agregó doña Ceferina, como viene usted de tiros largos.....

—Sí, pero eso es porque.....

—Vamos, vamos, vendrá usted tal vez á ver si esa mujer de mis pecados se quita de en medio.

—Pues es cierto, doña Ceferina, á eso venía yo, á ver si por fin conseguimos evitar los males que son la consecuencia inmediata de... de esta corrupción de costumbres, doña Ceferina.

—¿Y eso de acuerdo con Felipita?

—Sí, señora.

—¿Y cómo está de salud?

—Bien, á Dios gracias.

—¡Vaya! bendito sea Dios, don Aristeo; ¿conque vá usted, eh?

—Voy á hacer esa sacrificio.

—¡Pobre de usted! pero cómo ha de ser,

señor, cómo ha de ser; eso sí, que no le arriendo á usted las ganancias con los vecinos, porque todos van á saber que usted ha venido, y será el habladero para poner tablados.

¡Sea todo por el amor de Dios! pero usted bien sabe cuán sana es mi intención y qué sinceros nuestros deseos.

|| Ya se vé, señor don Aristeo.... con- que.... que salga usted bien de su empresa; allá iré á saber cómo le fué á usted de visita; Dios lo lleve por buen camino.

|| Adios, doña Ceferina.

|| Adios, don Aristeo.

FIN DEL TOMO I.

ÍNDICE.

	Páginas
CAPÍTULO I.—O sea introducción indispensable á la monografía de la jamona. . . .	9
CAPÍTULO II.—Entra en escena una mujer enteramente parecida á una jamona. . . .	19
CAPÍTULO III.—En el que se vé que las amistades de la infancia son duraderas. . . .	33
CAPÍTULO IV.—Empiezan á prepararse las borrascas del corazón en una danza . . .	47
CAPÍTULO V.—Amalia, como los generales, dá la primera acción que se llama «reconocimiento»	59
CAPÍTULO VI.—La casa de Sánchez.	69
CAPÍTULO VII.—Continúa el elenco de la familia de Sánchez	85
CAPÍTULO VIII.—En el que se dá á conocer á la jamona de «sangre pura».	99
CAPÍTULO IX.—Patología interna.	119
CAPÍTULO X.—Una vieja chocolatera	133
CAPÍTULO XI.—Sánchez soñando con los grandes negocios	151
CAPÍTULO XII.—Continúa Sánchez en el camino de su engrandecimiento.	167
CAPÍTULO XIII.—Chona bajo la influencia de la música, y Sánchez bajo la influencia del champagne.	181
CAPÍTULO XIV.—La embriaguez.	193
CAPÍTULO XV.—Sánchez hace partícipe á Amalia de las dulzuras del vino de champagne.	205
CAPÍTULO XVI.—D. Aristeo y la cocota.	219

INDICE DE LAS LÁMINAS.

SÁNCHEZ EN LA CASA DE CARLOS, al cromo (portada)..	3
Sánchez.	29
D. Aristeo.	75
Salvador	107
Pero va usted á rabiarse con esos botines don Aristeo.	225